

GABINETE X

NURIA PÉREZ

UN VIAJE POR LAS HISTORIAS
Y LOS OBJETOS QUE
CONSTRUYERON UNA GENERACIÓN

GABINETE X

NURIA PÉREZ

UN VIAJE POR LAS HISTORIAS
Y LOS OBJETOS QUE
CONSTRUYERON UNA GENERACIÓN

Gabinete X

1ª edición: octubre de 2022

geoPlaneta

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2022

© Textos: Nuria Pérez, 2022

Diseño de cubierta: Jorge López Ghisoli

Ilustraciones: Jorge López Ghisoli / Inés Criado

ISBN: 978-84-08-25631-1

Depósito legal: B. 1.340-2022

Impresión y encuadernación: Huertas

Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO en la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



SUMARIO

Prefacio	11
1. EN LO MÁS ÍNTIMO	25
2. LOS GIGANTES DEL INVIERNO GRIS	63
3. TODAS LAS FAMILIAS SON PSICÓTICAS	109
4. EN DEFENSA DEL ASOMBRO	139
5. FUIMOS DIENTES DE LEÓN	169
6. UN UNIVERSO HECHO DE ISLAS	201
Solución de las citas	233
La bibliografía de nuestra generación	239
¡Todos al cine!	243
Mix Tapes	249



TELÉFONO



1

EN LO MÁS ÍNTIMO

EL TEMPLO QUE NACIÓ JUNTO A UN FRESNO

«Lo primero que hice al llegar a la Penn Station fue meterme en una cabina telefónica. Tenía ganas de llamar a alguien. Dejé las maletas a la puerta para poder vigilarlas y entré, pero tan pronto como estuve dentro no supe a quién llamar.»¹

1

Nuestro viaje empieza como lo hicieron ya otros: en un cementerio de Londres. Esta vez nos vamos a St Pancras Old Church, un precioso lugar a espaldas de la estación de King's Cross, en el distrito de Camden. Es uno de los cementerios más antiguos de Europa, sus orígenes se remontan al siglo iv. Es muy pequeño, pero entre las hiedras que rodean sus lápidas y las zorras que se esconden tras la niebla se respira mucha historia. Dickens lo menciona en su *Historia de dos ciudades*, un libro que, veremos, recoge en sus primeras líneas la esencia

¹ A lo largo de estas páginas encontrarás varias citas en las que no indico la fuente o autoría. ¿Adivinas quién las dijo o quién las escribió? Tienes todas las respuestas al final del libro.

de nuestra generación. En St Pancras está enterrada la filósofa Mary Wallstonecraft, considerada un pilar del movimiento feminista. Mary Shelley, su hija, visitaba la tumba casi todas las tardes y allí tuvieron lugar los encuentros² que le cambiarían la vida. Años más tarde, el 28 de julio de 1968, los Beatles realizaron en estos jardines la sesión fotográfica para la promoción de *Hey Jude*. En uno de los bancos, una placa conmemora el «Día de locos» que la banda pasó allí.

Los turistas acuden a este lugar buscando un famoso árbol: el llamado Fresno de Hardy. Antes de dedicarse a la escritura, el escritor Thomas Hardy estudió arquitectura en el King's College de Londres. En 1862 consiguió un trabajo como aprendiz en el

² En 1814, Mary inició una relación con un hombre casado: Percy Bysshe Shelley, uno de los seguidores de su padre, el filósofo político William Godwin. Solían aprovechar las visitas que Mary hacía a la tumba de su madre para encontrarse en St Pancras y allí planearon su huida: se escaparon a Francia y después viajaron por toda Europa. Cuando regresaron a Inglaterra Mary estaba embarazada, pero la niña nació prematura y falleció. La sociedad los criticó y, en 1816, acabó por repudiarlos completamente cuando, tras el suicidio de Harriet, la primera esposa de Percy, él y Mary se casaron. Ese mismo año los Shelley pasaron el verano en Suiza con unos amigos, entre ellos Lord Byron. Por las noches el grupo se entretenía contando y escribiendo relatos de fantasmas y allí Mary concibió la historia de Frankenstein. Tan solo seis años después, Percy moriría ahogado durante una tormenta en la Liguria italiana. La pareja había tenido otros tres hijos, pero dos fallecieron muy pronto. Mary dedicó su vida a rescatar la obra filosófica de su marido y a cuidar del único hijo que le sobrevivió. De salud delicada, un tumor cerebral se la llevó con cincuenta y tres años.

estudio del arquitecto Arthur Blomfield y una de las tareas que le encargaron fue la de reordenar las sepulturas de St Pancras. La estación crecía cada vez más y era preciso arañar espacio a la iglesia para acomodar nuevas vías. Hardy decidió colocarlas alrededor de un gran fresno, formando columnas en círculos que semejan las raíces del árbol. El alma poeta de Hardy convirtió así un banal encargo en una hermosa metáfora sobre la vida: los que ya no están entre nosotros siguen siendo el fundamento sobre el que crecen las nuevas generaciones.

Si algún día te acercas hasta el cementerio hay otro punto, a la izquierda del fresno, que no te debes perder. Es el mausoleo que el arquitecto sir John Soane diseñó para su mujer.³ En cuanto lo veas lo reconocerás porque su forma te resultará muy familiar.

2

En 1921 el servicio postal británico instaló las primeras cabinas telefónicas en las calles de Inglaterra. Se llamaban K1, eran blancas y verdes y tenían un adorno de metal en el tejado similar a una lanza. El público las detestó. Los periódicos se llenaron de cartas de ciudadanos que protestaban por «el

³. Antes de abandonar Londres no dejes de visitar el museo de sir John Soane en Lincoln's Inn Field, tan solo a dos paradas de metro del cementerio. Es un enorme y espectacular Gabinete de Curiosidades.

mal gusto de estos artefactos que estropean las aceras». Cuando el Ayuntamiento de Londres se negó a ponerlas en la ciudad, el servicio postal decidió establecer un concurso a través de la Comisión Real de Bellas Artes para poder encontrar un diseño mejor. El ganador fue sir Giles Gilbert Scott. Gilbert había heredado la pasión por la arquitectura de su abuelo George, creador de varios edificios de la zona de St Pancras. De niño Gilbert solía pasear por el cementerio y se dice que el mausoleo de sir John Soane (Gilbert era además fideicomisario de su museo) fue la inspiración para su diseño. Si lo visitas verás que, efectivamente, su forma es idéntica a la cabina que todos conocemos. Gilbert la concibió de color plateado y azul pero el servicio postal decidió pintarlas de rojo. Nació así, en 1923, la K2. Gilbert seguiría protagonizando la historia de la arquitectura británica, suyo es uno de los edificios más bonitos y emblemáticos de Londres: la central eléctrica de Battersea que escogería Pink Floyd para su álbum *Animals*, pero la K2 es su obra más icónica.

Hoy en día quedan solo unas 10 000 cabinas en todo el Reino Unido. Para que no caigan totalmente en el olvido, desde hace unos años la compañía telefónica británica, la British Telecom, permite «adoptarlas». Ayuntamientos, ONG o incluso cualquier ciudadano pueden convertirse en propietarios de una si demuestran que tienen un plan ingenioso para reciclarla. Gracias a esta iniciativa han surgido por todo el país minibibliotecas, minigalerías de arte, cafés, minitalleres de reparación de móviles y hasta el «*nightclub* más pequeño del mundo» en South Hams, una pequeña localidad de la zona

del Devon. Las cabinas tienen su propio cementerio, Unicorn Restorations, en Surrey, donde su director, Tony Inglis, estará encantado de restaurar y venderte una.

Muchos piensan que las cabinas británicas fueron las primeras que se instalaron en el mundo, pero no es así. La primera cabina había nacido casi cincuenta años antes, en 1877, como resultado del enfado de una casera.

3

Aquella mañana Thomas Watson se presentó al desayuno de su pensión dispuesto a abordar el problema. Su casera llevaba días muy arisca y quería saber por qué estaba enfadada. «Son los gritos —le dijo la anciana—. No soportamos más ese cacharro. Anteayer me despertó y se han quejado también otros huéspedes. Si no baja el volumen me veré obligada a echarlo.»

Watson se excusó y prometió encontrar una solución. La mujer tenía razón: desde aquella primera llamada entre su jefe, Graham Bell⁴ y él, no habían parado de experimentar con el

⁴ Graham Bell creció en una familia de locutores y todo lo relacionado con el habla y el sonido le fascinó desde muy pequeño. De niño entretenía a los huéspedes haciendo espectáculos de ventriloquía y cuando su madre empezó a quedarse sorda (Graham tenía entonces doce años), creó un lenguaje de signos y una manera de vocalizar que le permitieron seguir comunicándose con ella. Su pasión por la acústica nació así, con el noble deseo de ayudar a personas como su madre. Años más tarde se le consideraría el inventor del

aparato. Bell solía pasar las tardes allí y sus gritos podían oírse por toda la casa: «¡Hola!, ¿me escuchas?», chillaba a su ayudante desde un extremo del pasillo. «¡Sí!», respondía él desde su habitación. «¿Y ahora?» «¡También!» Afortunadamente, Watson era creativo e ingenioso y esa misma tarde tuvo una idea. Recordó los fuertes que construía de niño con su hermana Laura. Pasaban tardes enteras bajo mantas y sábanas, compartiendo juegos y risas sin molestar a los adultos. Decidió replicar aquello y enrolló la alfombra de su cuarto con una colcha hasta crear un túnel con ellas. Luego se metió dentro para hacer la llamada y aquello funcionó. Había nacido la primera cabina telefónica.

Watson era también un perfeccionista y le llevó más de cinco años construir algo mejor. Eso sí, para cuando terminó el resultado era espectacular. Fabricó la cabina con las mejores maderas, que talló con mimo utilizando las técnicas que había aprendido en la adolescencia, cuando trabajaba en una carpintería. La acristaló y le puso un techo abovedado muy elegante. La hizo grande —quería colocar dentro su escritorio para poder trabajar allí— y le añadió ruedas para poder transportarla con facilidad. Muy pronto los hoteles empezaron a encargarse. Las llamaban gabinetes del silencio, porque permitían hablar por teléfono sin molestar ni ser molestado. Al principio estas cabinas no aceptaban dinero y los hoteles debían contratar a una recepcionista que se encargaba de encerrar con candado

teléfono, aunque hoy en día se sabe que la idea fue del italiano Meucci y que Bell copió parte de la patente a otro inventor, Elisha Gray. Fuera o no suya la idea, Bell sí fue el responsable de popularizar el invento a través de su empresa, la Bell Telephone Company.

a cada persona que quisiera usarlas. Los clientes pasaban un buen rato allí, llamando y trabajando en el escritorio que había dentro y no se les dejaba salir hasta que habían pagado lo que debían.

Pocos años después, el inventor William Gray quiso mejorarlas. El tema le obsesionaba desde que unos vecinos se habían negado a dejarle usar su teléfono durante una emergencia médica. Gray era un hombre práctico y pronto tuvo un plan. Sabía que para abaratar los costes lo lógico era poder prescindir de la recepcionista y centralizar todas las llamadas en una operadora única. En 1889 patentó un modelo de cabina capaz de aceptar monedas y lo instaló en las oficinas de un banco de Connecticut. El sistema seguía siendo el de pagar al final de la llamada, pero poco después Gray realizó un modelo que aceptaba las monedas antes de hablar. Para que la operadora que estaba al otro lado supiera cuánto dinero había introducido el cliente, Gray inventó un sistema de sonidos. Cada moneda, según su peso, activaba al caer una campanita diferente. La operadora las escuchaba e iba sumando la cantidad.

En 1905 la empresa de Bell colocó la primera cabina en una acera. Fue en Cincinnati, Ohio. Al público le costó mucho empezar a usarlas. Nadie se sentía cómodo con la idea de hablar de cosas privadas en plena calle, ni siquiera protegidos tras los cristales de la cabina. Hoy basta caminar por cualquier ciudad o pasar un rato en un tren para constatar que ese problema ya no parece preocupar a nadie, pero entonces tener conversaciones privadas en una caja de cristal desde la que todos podían verte era algo inconcebible.

En el campo y en los barrios pobres, en cambio, el servicio tuvo mucho éxito. Allí los vecinos no podían permitirse una línea privada y todos compartían la cabina pública. Los niños que jugaban en la calle corrían a responder cuando sonaban. Llevaban el recado al vecino correspondiente y recibían por ello una propina.

En España, las primeras cabinas se instalaron en 1928, en Madrid. Una en el parque de El Retiro, en la caseta del Viena Park (hoy Florida Park) y otra en el Bar Regio de la Carrera de San Jerónimo. Funcionaban con fichas que costaban 30 céntimos y la operadora te invitaba a introducir una cada tres minutos. Encima de la cabina había un cartel en el que se podía leer: «Desde este teléfono puede Vd. celebrar conferencias con toda España, Alemania, Bélgica, Inglaterra, Francia, Suiza, Portugal y Países Bajos».

En los 70 las empresas se dieron cuenta de que eliminar la cabina cerrada y sustituirla por un simple techo que protegiera el aparato era mucho más efectivo. Resultaban más accesibles para clientes en silla de ruedas o con carritos de bebés y el hecho de que concedieran menos privacidad reducía el tiempo de las conversaciones. El aparato quedaba libre antes para el siguiente cliente y, al final del día, generaba más dinero.

4

La cabina es el templo de la generación X. En su interior, aislados de todos, juramos amor sobre todas las cosas a los pri-

meros que nos rompieron el corazón. Allí recitamos a nuestros padres la eterna plegaria del «¿me puedo quedar un poco más?» y tuvimos momentos de iluminación, conseguidos gracias al silencio que había al otro lado: «¿Hola? ¿Sigues ahí?». Allí confesamos llenos de arrepentimiento los engaños que no nos atrevimos a comunicar cara a cara, deseando cumplir cualquier penitencia a cambio del perdón.

Fueron nuestros fuertes, como los de la niñez de Watson. Nos escondimos en ellas para besarnos cuando llovía. Conseguimos que toda nuestra pandilla cupiera dentro cuando queríamos oír la voz del guapo de turno. Colgábamos entre risas ahogadas después de oír su «¿diga?» y, tras un cruce de miradas, reuníamos más pesetas para escucharlo otra vez.

Las cabinas fueron también un necesario refugio de intimidad cuando nuestra única línea con el mundo exterior era un teléfono en la entrada o en el pasillo de casa. Si la conversación lo requería «bajábamos un momento a la calle» —entonces, lo veremos más tarde, nadie nos cuestionaba a dónde ni por qué— y repasábamos por el camino lo que íbamos a decir, para aprovechar cada moneda. Allí nuestro bolsillo nos dio pistas sobre la importancia de nuestras relaciones: «Si meto estas 25 pesetas no podré subir al autobús y tendré que volver andando a casa». ¿Estábamos dispuestos a gastarlas por esa persona? El pitido que nos avisaba cuando se acababa el dinero no perdonaba y nos daba pocos segundos de reacción. En las cabinas el impulso reinaba absoluto y nos concedía respuestas: sí, ese minuto más con ella había compensado el regreso bajo la lluvia.

Fueron el cordón umbilical que nos conectaba con el hogar cuando nos alejábamos de él. Recuerdo la que había en la puerta del colegio inglés donde pasaba mis veranos. Cada domingo italianos, franceses, holandeses y españoles formábamos una larga fila delante de su puerta para meternos en aquel *Tardis* rojo que nos transportaba a casa. Teníamos el tiempo justo de decir: «Todo bien, mamá» antes de que el siguiente empezara a golpear el cristal con un impaciente: «*Come on!* ¡Cuelga ya!» y aprendimos a condensar los mensajes mucho antes de que se nos obligara a hacerlo en 140 caracteres como máximo.

Años más tarde me mudaría a Italia y la cabina sería el lugar donde me despediría para siempre de mi primer amor. De pronto percibí su acento gallego, que yo ya empezaba a perder, y la cabina se hinchó como un globo repleto de morriña y de lágrimas. Recuerdo el momento en el que apoyé el auricular. El sonido era similar al que hacía mi máquina de escribir al final de una línea. Había llegado el momento de iniciar un nuevo párrafo y no tenía ni idea de cómo iba a empezar.

La cabina es, desde siempre, un escenario clave en el cine.⁵ Para la generación de los *boomers* era un lugar inquietante del que po-

⁵ Sin ella Clark Kent sería solamente un torpe periodista y Harry Potter un niño cualquiera. El Doctor Who la necesita para viajar y Rocket Man la usó para salir del armario. Hitchcock la convirtió en refugio en *Los pájaros* o en *Con la muerte en los talones*. Años más tarde los Beatles recogerían la idea en *A hard day's night* y después la escena se replicaría en *Austin Powers*. La cabina forma parte de un

días no salir. Antonio Mercero se encargó de grabar para siempre en sus memorias la mirada desesperada de José Luis López Vázquez en su corto *La cabina* y convertirla en una cámara del horror.⁶ La generación *millennial* también tuvo su dosis de terror en la cabina, esta vez de la mano de Joel Schumacher, que encerró a Colin Farrell en una durante 80 minutos en *Última llamada*, una historia con un desarrollo angustioso y un inquietante final.

En el cine de la generación X, en cambio, la cabina fue tratada con el respeto que merece el que fue su templo de intimidad y romanticismo. En nuestras películas es el marco que encuadra los momentos más icónicos. En *Un gran amor* las lágrimas de Lloyd Dobbler (John Cusack) se mezclan con la lluvia cuando llama a Diane (Ione Skye) para echarle en cara el famoso «te di mi corazón y tú me diste solo un bolígrafo». La escena más memorable de *Reality Bites*, la del cruce de cigarrillos al son del *All I Want is You* de U2, sucede cuando Troy (Ethan Hawke) llama a Lelaina (Winona Ryder) desde la cabina de un hospital. En *Solteros*, Steve (Campbell Scott) grita su «¡Te quiero a mi lado!» a Linda (Kyra Sedgwick) desde la cabina de un local y en *Antes del amanecer* la escena que marca un antes

montón de películas con las que hemos crecido: *Rain Man*, *Amélie*, *Regreso al futuro*, *Twin Peaks*, *Matrix*, *Fight Club*...

⁶ El corto, gracias a las constantes reposiciones, marcó en parte también a miembros de nuestra generación. Charlie Brooker, nacido en 1971, trabajaba como crítico televisivo para el periódico *The Guardian* cuando lo vio. La historia le impactó muchísimo y, según declaró años después, fue una de las mayores inspiraciones para crear su serie *Black Mirror*.

y un después en la relación entre Celine (Julie Delpy) y Jesse (Ethan Hawke) sucede durante una llamada desde una cabina imaginaria.

Siempre me gustó fijarme en las personas que había dentro de las cabinas y crear películas con ellas: el hombre que colgaba enfadado, la chica que lloraba, la señora que gritaba el clásico «¡Yo te oigo! ¿Tú me oyes?». En mi cabeza construía guiones con aquellos micromundos. Las cabinas eran escenarios en plena calle y nos regalaban infinitos relatos.

Una noche de 1998, durante una fiesta en Milán, pedí al anfitrión de la casa si podía hacer una llamada. «Claro —me respondió—, el teléfono está al lado del sofá. Si puedes, deja alguna moneda en el bote.» En esos tiempos, sobre todo en los pisos compartidos, era costumbre tener un recipiente al lado del teléfono para que los invitados que lo usaban pudieran contribuir con alguna moneda al recibo del mes. Cuando terminé mi llamada saqué unas cuantas liras de mi bolso y las puse en una botella de plástico cortada por la mitad que tenía la etiqueta «teléfono». Entonces me di cuenta de que al lado había otra botella. En su etiqueta ponía «Mojave». «¿Para qué estáis recolectando aquí?», pregunté a mi amigo agitándola. «Ah, eso es para cuando llamamos a la cabina de Mojave. ¿Quieres probar a llamar?»